

Golpe

2013 — 1973



volumen 2

ROBERTO ACEITUNO
SVENSKA ARENSBURG
RODRIGO BAÑO
PABLO CABRERA
JUAN PABLO CÁRDENAS
ALFREDO CASTRO
JOEL CISTERNAS
FRANCISCO FIGUEROA
ALDO FONTANA
MANUEL ANTONIO GARRETÓN

MÓNICA GONZÁLEZ
PEPE GUZMÁN
CLARISA HARDY
RAFAEL HUERTAS
CÉSAR LEYTON
KENA LORENZINI
ALBERTO MAYOL
ANDRÉ MENARD
CÉSAR MILLAHUEIQUE

SONIA MONTECINO
NIBALDO MOSCIATTI
FANNY POLLAROLO
VICKY QUEVEDO
ESTEBAN RADICZSZ
LORETO REBOLLEDO
CARLOS RUIZ SCHNEIDER
MARA SABROVSKY
GABRIEL SALAZAR
RENÉ VALENZUELA

Límites de la democracia

Manuel Antonio Garretón

Muy buenos días. Muchas gracias por esta invitación, y por la posibilidad de compartir con Alberto [Mayol] y Clarisa [Hardy].

Cuando se habla de límites de la democracia yo partiría por una reflexión más general. A mi juicio, en Chile el principal límite a la democracia es que simplemente no hay democracia en el sentido de régimen político democrático. Bajo todos los estándares lo que tenemos es una situación democrática, un gobierno democrático, pero no tenemos un régimen político democrático. Cuando lo elemental, lo central, lo mínimo de una democracia es que gobiernan las mayorías, eso no se cumple porque tenemos una institucionalidad que preserva la ley de la minoría. Y por eso si hablamos de límites a la democracia en Chile, el límite fundamental a ella es un régimen político no democrático.

Por cierto, hay límites a la democracia en todo el mundo, que siempre existieron, pero que se han revelado más en la época actual. El primero de ellos, a mi juicio, proviene de los fenómenos y procesos de mundialización o globalización (como se le quiera llamar), porque entra en cuestión la idea básica de una democracia, que es tener en un espacio territorial una población convertida en ciudadanos, que elige representantes en el Estado para que tomen las decisiones clave sobre sus vidas y sobre la vida colectiva. La teoría democrática, la democracia, fue pensada para Estados nacionales. Entonces cuando tenemos procesos de mundialización que le quitan al Estado, y a la población que elige representantes, la capacidad de decisión sobre las decisiones relevantes –por ejemplo, cuando una población pierde sus fuentes de trabajo porque eso lo determinó el mercado mundial sin que el Estado tuviera nada que ver–, uno se cuestiona sobre si la democracia, que se supone es la capacidad de acción de una sociedad sobre sí misma, existe: las decisiones relevantes se toman en otro lado.

Entonces, hay un problema hoy día de crisis de relevancia de la democracia. De insuficiencia consustancial de la democracia. Lo que se expresa en otra cuestión que se da también en otras partes del mundo, que es la crisis de representación. Y la crisis de representación, que tiene raíces y manifestaciones muy diferentes, ha llevado a buscar fórmulas nuevas de democracia que son, por ejemplo, las democracias participativas. Pero las democracias participativas tienen un cierto límite. Por ejemplo, si un elemento fundamental de la democracia participativa, los referéndum, es

decir, la entrega de la decisión sobre cuestiones sustanciales a la soberanía popular, piénsese que en una de las mejores democracias del mundo, la uruguaya, a través de dos referéndum se consagró la impunidad y se ratificó la ley de amnistía. O en los cantones suizos, donde se decide quitarles el voto a las mujeres. Entonces, hay también un problema con la democracia participativa. Esto ha llevado, a mi juicio, a que las democracias realmente existentes son una mezcla de representación atravesada por poderes fácticos, con algunas formas de participación, y de lo que alguien ha llamado las contrademocracias, que son las expresiones ciudadanas, o de consumidores (no siempre ciudadanas) en las calles. Y eso es parte de la democracia hoy día.

Lo que llamamos democracia entonces tiene límites muy importantes en la actualidad para cumplir con una cuestión fundamental, que es que detrás de la idea democrática, detrás de las reglas del juego que son constitucionales a la democracia, hay un algo que va más allá de las reglas. Y yo diría que eso se podría expresar de la siguiente manera: la democracia implica reglas del juego, pero para ser realmente democráticas, estas deben ser subjetivadas, internalizadas por parte de un *demos*, o de un sujeto político social, en nombre de un proyecto, de un *ethos*, que trasciende las reglas mismas. Hay distintos *ethos* democráticos. Está el *ethos* liberal republicano, que reduce la democracia a las reglas del juego y a la consagración de un determinado tipo de valores que esa institucionalidad y que esas reglas del juego deben preservar. Está el *ethos* igualitario, que define fundamentalmente, y eso fue predominante en América Latina, a la democracia como el reino de la igualdad, lo que se llamó en otra época la democracia sustantiva, o lo que Mannheim llamaba la democratización fundamental. Está el *ethos* comunitario: democracia es el momento en que se constituye un sujeto, sea un pueblo o una clase; por ejemplo la Revolución cubana o el peronismo o la Revolución mexicana o la toma de una población en el Chile de los sesenta, son considerados momentos democráticos por los respectivos actores que los protagonizan, independientemente de las reglas o instituciones consideradas tradicionalmente como democráticas. Y yo diría que hoy día existe otro *ethos*, que es el de la autorrealización, el de la subjetividad: democracia es estar bien. Y se adhiere a la democracia para que “me dejen vivir bien y autorrealizarme”. Y ese es un *ethos* que está presente en la juventud, y, por ejemplo, en el eslogan “La alegría ya viene”.

La cuestión planteada en las luchas contra los autoritarismos o regímenes no democráticos es cómo se traducen todos esos *ethos* en reglas del juego. Es decir, detrás de la idea de reglas del juego y de las instituciones, hay siempre un sujeto que es el *demos*, y un proyecto que trasciende esas

reglas del juego. Y por eso es que en América Latina, prácticamente en todos los países, después de las democratizaciones para superar las dictaduras, las sociedades se plantearon otro salto. Todas habían terminado su transición propiamente tal y quedaba otra tarea pendiente.

Aclaremos antes de seguir con este argumento, que en el caso chileno la transición fue en el periodo entre el plebiscito del 5 de octubre de 1988 y la inauguración del primer Presidente elegido democráticamente posdictadura el 11 de marzo de 1990. Esa transición, paso de un régimen a otro, culminó en un régimen, como hemos dicho, de democracia incompleta llena de enclaves autoritarios. Pero la transición había terminado y el nuevo régimen era un régimen posautoritario consolidado, aunque no pudiera calificarse como estrictamente democrático. No hubo más transición y haberle llamado al gobierno de Aylwin “gobierno de transición”, fue uno de los grandes errores del mundo político porque significaba en el plano simbólico limitar la innegable legitimidad democrática del gobierno (no del régimen). Porque si le llamamos gobierno de transición es porque la transición no ha terminado y, entonces, podemos no realizar ciertas reformas necesarias a las herencias de la dictadura sobre la base que ellas podrían implicar una regresión autoritaria, dado que lo esencial de una transición es evitar la posibilidad de una regresión autoritaria. Y todos saben que era imposible tal regresión, que el 5 de octubre en la noche, pese a los intentos o deseos de Pinochet en ese momento y más adelante, se acabó por largo tiempo el riesgo de regresión autoritaria. Eso no quiere decir que los militares fueran democráticos ni que no quisieran, encabezados por Pinochet, dar un nuevo golpe, lo cual es indudable, pero era imposible.

Del mismo modo es un error hablar de democracia de los consensos o los acuerdos. Democracia de los consensos es el nombre que se le da a los grandes acuerdos, a los acuerdos fundamentales sobre los principios y reglas del juego de la vida social. En este sentido, no hubo en el Chile de la posdictadura verdadera democracia de consensos porque tales principios y reglas del juego fueron impuestos por los enclaves de la dictadura y los poderes fácticos, de modo que las fuerzas democráticas se adaptaron a ellos, sin que pueda hablarse de consensos. Derechos humanos, orden constitucional, organización de las regiones, pueblo mapuche, relaciones de género, modelo económico social, nada de ello fue debatido ni consensuado. Por lo que ante la falta de consensos fundamentales se construyeron acuerdos parciales para corregir y mejorar desde la perspectiva de la Concertación el orden económico social y político heredado de la dictadura, pero al mismo tiempo preservarlos. Así, las correcciones y mejoramientos implicaban a la vez consolidación del modelo heredado.

Retomando el tema planteado inicialmente, terminadas las transiciones en cualquiera de los países de América Latina, hubo un salto hacia nuevas relaciones entre economía, política, Estado y sociedad. Es decir, más allá de las reglas del juego democráticas, darle a la democracia, se trataba de darle un contenido, y de definir un sujeto político social, un *demos*, que no es solo la suma de los ciudadanos individuales, porque cuando es la suma de los ciudadanos individuales estamos en la presencia única del *ethos* liberal republicano, y no de la presencia de los otros *ethos* que siempre han estado presentes en las luchas y en las experiencias democráticas de todos los pueblos. Entonces ese salto lo dieron, bien o mal, y hoy es posible pensar que los modelos que se intentaron –más desde la sociedad como Bolivia, o desde la política más partidaria, como Uruguay, o más personalizada como Venezuela, o combinando todas las dimensiones como Brasil–, puedan algunos de ellos estar en crisis. Pero ese salto se dio y en casi todas partes fue a través de nuevas constituciones y asambleas constituyentes. Y quizás el más importante de todos a mi juicio lo dio Bolivia, porque cambió las relaciones entre Estado y sociedad a través de la creación de un Estado multinacional. En el caso chileno ese salto, es decir, el paso desde una democracia como reglas del juego a una democracia como expresión de un proyecto y un sujeto político, no se dio y hoy estamos pagando el precio de esa falta.

¿Por qué? Porque básicamente no se superaron las reglas del juego heredadas de la dictadura; es decir, como hemos dicho, no hubo régimen estrictamente democrático. Luego, quedó pendiente la tarea de hacer la democracia política, superando, transformando las reglas del juego, esto es, cambiando la distribución del poder político consagrada a través del sistema electoral binominal, el derecho de veto de la minoría a través de los quórum calificados, y una gran cantidad de cosas que están dentro de la Constitución, que tienen que ver con reglas del juego, pero que tienen un contenido: esas reglas del juego están hechas para preservar el orden o modelo económico social heredado de la dictadura. Porque, desgraciadamente, no se derrumbó el modelo como se ha dicho. Ciertamente nos habría gustado que así fuera, pero no se derrumbó, sino que se corrigió y a la vez se consolidó. Ese es el modelo vigente hoy. Pero lo que quiero decir es que la cuestión mínima, que es la construcción de reglas del juego democrático, quedó pendiente. Entonces se mezclaron dos tareas para el futuro: la tarea de superar la institucionalidad heredada para que se expresaran en ella los diversos *ethos* democráticos, partiendo por asegurar el liberal republicano, y al mismo tiempo se constituyera un nuevo sujeto político social, un *demos*, y la tarea de superar el modelo socioeconómico de la dictadura.

¿Cuál era el *demos*, el sujeto político social en Chile (fuera de la cuestión elemental que son los ciudadanos que votan)? Era una forma particular de relación entre partidos políticos y actores sociales, donde la relación entre ambos era lo que constituía el sujeto político social. Ese era el *demos*, más allá de la parte cívica. Era la construcción de una relación de imbricación entre partidos, actores sociales y sociedad civil o ciudadanía.

De algún modo ese sujeto permaneció erosionándose durante los gobiernos de la Concertación, durante los cuatro primeros gobiernos democráticos. Pero en el 2006 y en el 2011 lo que se produce es la fractura (por razones que no tenemos tiempo de analizar), la ruptura, yo diría, definitiva, del mismo sujeto político social, del mismo tipo de sujeto político social que existía desde el 38 para adelante. En el Frente Popular de la época estaban el Partido Comunista, socialistas, Partido Radical, clases medias, y sectores populares organizados, sindicatos. Y este fue, junto al Estado, el sujeto político social de la industrialización. Más adelante en el proceso de Reforma Agraria, reformas educacionales y primeras nacionalizaciones, en la Democracia Cristiana se expresaban sectores de Iglesia, movimiento campesino, sectores medios, movimiento estudiantil y partidarios de una mayor radicalización de los partidos de izquierda, que luego formularán la vía chilena al socialismo en la que el sujeto político serán ellos mismos constituidos en la Unidad Popular, que expresará a sectores populares organizados, y movimientos sociales también como los estudiantes, campesinos, obreros. Y en la oposición a la dictadura, la Alianza Democrática o el MDP, y luego en democracia la Concertación y el Partido Comunista, unos en el gobierno y el otro en oposición; todos esos partidos políticos constituyen junto a los sectores sociales que representan el sujeto de los procesos que atraviesan la sociedad chilena.

Ahora bien, esa forma de articulación, de constitución del *demos*, de aquello que fija un proyecto de contenido para la democracia, eso se rompe. Y entonces le quedan a Chile tres grandes tareas. Primero, la tarea pendiente de la construcción de una democracia política real, que todos los otros países ya habían hecho, y por eso dan el salto, porque ya habían hecho su transición democrática. Chile no terminó su transición democrática. La transición dio como resultado otra cosa, y entonces queda eso como tarea. Primera tarea, construcción de reglas del juego democráticas.

Segunda tarea, segunda cuestión fundamental: esas reglas del juego democráticas, esas reglas del juego existentes en Chile tienen un sentido, como hemos dicho, que es la preservación de la transformación socioeconómica hecha por la dictadura militar. Es decir, un determinado modelo socioeconómico que se puede resumir en la cuestión de la desigualdad:

un sistema generado, creado, establecido para generar desigualdades, como dice la OCDE con respecto al sistema educacional. Y uno puede decir entonces, que si se plantea para el sistema educacional, se puede plantear para el total del sistema económico social: fue generado para crear desigualdades. No para otra cosa. Eso está en todos los textos de los Chicago boys. Modelo económico-social que tiene como principios básicos la desigualdad, el predominio irrestricto de lo privado y del mercado sobre lo público y lo estatal y la concentración de capital económico, social y cultural. El predominio de lo privado y el mercado sobre lo público y estatal se puede resumir en el modelo educacional: en 1970-73, el 75% de los niños y niñas de este país estudiaba en escuelas públicas, y hoy día lo hace entre 30% y 35%. La segunda cuestión, la segunda tarea de la sociedad es entonces la reversión de la tendencia a la desigualdad, lo que significa predominio del Estado, lo social, lo público, es decir, superación del modelo socioeconómico heredado y vigente.

La tercera tarea se refiere a quién hace eso, quién supera las dos cadenas que anclan la sociedad chilena a la sociedad de la dictadura. Y ahí la cuestión fundamental es cuál es el *demos* de la democracia. Cuál es el sujeto político social, y ya no puede ser aquel del mismo tipo de los que mencionamos, que eran básicamente partidos ligados con movimientos sociales. Eso se rompió. Y entonces la tarea es la construcción de un *demos* que está hoy día segmentado, fragmentado entre movimientos sociales, entre la gente que no quiere votar y los tres millones que fueron a votar en las primarias, entre los actores políticos y los que dicen que todos esos actores son corruptos. Ese es el problema: es un *demos*, un sujeto, enteramente fragmentado, en que la tendencia sistemática es a una menor participación política, favorecida por el cretinismo del voto voluntario. Y ante la defeción de la vida política por las razones que sean, la ilusión de las formas de reemplazo de la democracia política por la conectividad y las redes o por la falsa idea de empoderamiento, cuando la falta de participación política implica en realidad mucho menos poder, aunque se tenga más información y capacidad de protesta. Y por otro lado, la ilusión que la acción política partidaria sigue teniendo el mismo valor que antes. Ilusionismos y narcisismos movimientistas, ciudadanos o partidistas.

Entonces, el gran problema es cómo se construye una nueva relación entre lo político y lo social o cómo se construye el *demos*. Y eso no puede hacerse sino a través de un nuevo pacto social y político que se llama nueva constitución. Y mi impresión es que no hay mejor manera, más allá ahora del contenido de una nueva constitución, que hacer un proceso constituyente, en el cual se van restableciendo las relaciones entre lo

político y lo social en un proceso que es muy largo, pero tiene que tener un hito. Una elección presidencial puede ser un hito, pero no lo fue. El movimiento estudiantil del 2011 era un hito, pero llegó hasta ahí. Y yo creo que un proceso constituyente (en términos estrictos; una asamblea constituyente, pero llámenlo como quieran), es el único espacio que permite hoy día desencadenar un proceso por el cual se restablezca la relación entre lo político y lo social, y a la vez se cambien las reglas del juego que permitan transformar el proyecto económico social generado, fundado por el golpe y la dictadura militar.

INTERVENCIONES DEL PÚBLICO

1 Buenas tardes. Se ha mencionado acá, someramente, el tema de las Fuerzas Armadas. Me gustaría que los profesores pudieran reflexionar un poco sobre qué rol le queda jugar a las Fuerzas Armadas, con su carácter elitista, de clase e históricamente defensor de algunos, en el proceso histórico que se viene. Porque a mí me surgen dudas de que, como decía el profesor Manuel Antonio [Garretón], los militares ya no tienen un rol que jugar en este proceso histórico a corto plazo. Entonces, un poco por ahí, si pueden reflexionar...

2 Hola, buenos días. Al señor Garretón quería preguntarle cuál es el rol que está jugando hoy en día la ideología dentro de estos movimientos fracturados de los que habló.

3 Bien. Buenos días. Para Alberto Mayol y Manuel Antonio Garretón. Ambos hablaron de una situación en la que sin duda parece estar internalizado el sentimiento de que hay un miedo –un miedo de alguna manera ancestral, ritualizado, dijo Alberto– y que de alguna manera supone que cada uno lleva la dictadura adentro. Quizás los que somos mayores la llevamos más internalizada que el resto. A mí me gustaría saber tanto de parte de Manuel Antonio como de Alberto, cómo se establece, digamos, una fórmula, ya sea en lo educativo, ya sea en términos de participación, que pudiera llevarnos a que la gente deje al milico que lleva dentro, y que empiece de alguna manera a internalizar más valores, como los del ethos del que hablaba Manuel Antonio, que nos permita un demos más participativo y que pueda de alguna manera desanclar a la ciudadanía de la dictadura.

4 Buenos días. ¿En qué momento este nuevo Estado deja de ser subsidiario y empieza a recuperar las riquezas que tenía, sea petróleo, sea acero, sea azúcar, sea el agua, sean todas las riquezas que tenía anteriormente y que permitirían hacer todas estas reformas; hacer la gratuidad en todos los sentidos de educación, salud, previsión, etcétera? Para Garretón.

Alberto Mayol: Bueno. A ver, lo principal, para entender el tema de las Fuerzas Armadas, es que puede servir como hito, puede servir como figura, como símbolo, pero no es lo relevante el hecho de que empecemos a construir un “sujeto fuerzas armadas” que ya no se le ocurra pensar que puede usar las armas. Porque eso es absurdo. El problema central de toda democracia, el primer problema, es que uno sabe que le pasó las armas a un conjunto de tipos y que esos tipos pueden en cualquier momento ocuparlas. Ese es el problema. Está hasta en La Guerra de las Galaxias. O sea, el problema de los ejércitos es ese. Y por tanto, el nivel de restricción política, la distinción entre lo cívico y lo militar, significa que, tal como tienen un poder enorme

los militares –porque tienen las armas encima de la mesa–, no pueden estar sentados en las mesas civiles porque los otros saben que tienen las armas encima de la mesa. La necesaria exclusión del mundo militar respecto del mundo civil es esencial. Exclusión. Si los militares quieren transitar al mundo civil tienen que salir del mundo militar; dejar sus prebendas del mundo militar, dejar sus pensiones del mundo militar y hacer el camino que corresponde al tránsito al mundo civil. Cuando un militar sale de un cargo militar, y a los dos días es subsecretario, es ministro, lo que sea, estamos equivocados. En la práctica esa persona mantiene institucionalmente en sus manos la posibilidad de un vínculo con esas armas que están ahí, que están en sus manos, en su administración, no obstante sean soberanamente nuestras. Nuevamente, el problema de la administración. Por lo tanto, la clave a mi juicio está en construir condiciones estructurales para aquello. Tiene razón a mi juicio Manuel Antonio cuando dice que no estaban las condiciones para la regresión autoritaria. El golpe de Estado se produce también con un contexto internacional específico, se produce bajo ciertas condiciones que son evidentemente muy distintas, pero también hay que entender que gran parte de la sociedad sí sentía la posibilidad subjetivamente de que podía existir esa agresión autoritaria, y por tanto la fantasmagoría operó también como forma de validación de la conducta displicente, descuidada, desinteresada por hacer avanzar la frontera respecto al mundo militar. Así que el truco fundamental es entender que la distinción entre lo cívico y lo militar debe ser absoluta, completa.

Respecto a la pregunta por las ideologías, usemos las dos acepciones de la noción de ideología. Claramente la pregunta está enfocada a la idea de la doctrina política, del contenido político de las agrupaciones. El contenido político entra en una relación de contradicción con el desarrollo ideológico en el sentido clásico del término, como falsa conciencia o, como se usa hoy día, como fantasía. Yo prefiero hablar simplemente de todos los procesos ideológicos como formas de integración irreal. O sea, cuando yo no me puedo integrar en la realidad, algo me instalan: un partido de fútbol, cualquier cosa, de manera que uno siente que está integrado. Bueno, ese problema, resolver el problema del aumento de los contenidos, de las doctrinas, tiene demasiados resortes; no solamente tiene que ver con política, tiene que ver con desarrollo, fundamentalmente tiene que ver con el desarrollo del espacio público. El desarrollo de las ideologías modernas nace después de una época muy fuerte durante la Francia prerrevolucionaria, más de cincuenta años previos, donde hay un fuerte desarrollo cultural de grupos pequeños, pero un fuerte desarrollo cultural: el desarrollo de la prensa escrita, el desarrollo de lo que se conoce como la república de las letras. O sea, hay un conjunto de elementos que van a tener relación con el desarrollo de un posible contenido ideológico. Por tanto, y ahí hay una deuda también en nuestro proceso de democratización que es la capacidad de haber desarrollado un espacio público adecuado; no solo entendiéndolo como medios de comunicación, sino también como desarrollo cultural en sentido estricto. O sea, ese es un tema que ha quedado un poquito fuera de juego, y lo único que a lo más se habla de repente

es el tema de la "liga del libro", cosas que son más bien simbólicas, porque tampoco tienen mucho impacto económico.

Respecto a la pregunta sobre cómo sacarse al milico interior, y todo lo asociado (no solo el milico en realidad), hay una cuestión que es bien importante y que normalmente se entiende mal. Incluso yo creo que la sociología no ha sido suficientemente enfática en este punto para señalarlo. Estamos acostumbrados a pensar que los valores hay que cambiarlos primero, y después las prácticas. Y es completamente al revés. Normalmente uno cambia los valores cuando ya cambió la práctica. Estamos convencidos entonces de que nos van a convencer racionalmente, vamos a internalizarlo, vamos a empezar a sentirlo, y después vamos a cambiar la práctica. No, no es así. Vamos a empezar a hacerlo, vamos a empezar a sentirlo, le vamos a dar sentido y lo vamos a anclar en valores. Entonces, el entendido de que hay que entrar con los valores, uno parte y hace todas estas campañas publicitarias para que la gente haga o no haga tal cosa, tome tal o cual decisión mejor –las campañas de salud pública, las campañas del sida– y entonces todos se han convencido de que realmente lo que hay que hacer valorativamente, lo más correcto, lo mejor, lo más conveniente es tal y cual cosa, y no lo hacen. La irrigación de la práctica, esto de ir avanzando en la legitimidad de la sociedad, solo en la medida en que la sociedad lo pide y no siendo más exigente en términos de decir: ¿sabe qué?, radicalicemos la participación. Muchas universidades en el mundo eligen representantes en las elecciones populares de la ciudad para que tengan en sus consejos directivos representantes de la ciudadanía; no solo los estudiantes, no solo su comunidad. En los colegios en Brasil pasa lo mismo respecto a su barrio. Son prácticas. Le voy a encontrar sentido en la medida en que existan las prácticas, y los que se resten de esas prácticas se van a dar cuenta de que tiene poco sentido no participar cuando otros hayan ido a participar y hayan puesto las reglas en el colegio del barrio. Hay que irrigar las prácticas. Y eso va a ir cambiando radicalmente nuestra subjetividad para ir sacándonos esta estructura.

¿Y en qué momento se deja de ser subsidiario? La pregunta yo sé que es para Manuel Antonio, pero me interesa mucho. Hay una cosa que es bien simple. Yo, cuando hablo del derrumbe del modelo hablo para adelante, no hablo para atrás. O hablo durante. Lo hablo desde ahora; desde Piñera, que no entendió nunca la ecuación de la Concertación que era administrar la legitimidad; él pensó que ya había terminado esa función. Y entonces él se tiró encima, y dijo bueno, ponemos ministros que son empresarios; hacemos esto evidente porque la gente nos ama. Y no era cierto. Entonces, cuando hay un déficit de legitimidad tan brutal, evidentemente se va a cuestionar no solo el espíritu sino que la operación de lo que está detrás: del modelo. Este modelo es excéntrico. No es solo un modelo de Estado subsidiario. Es excéntrico. O sea, hay diez, quince, veinte cosas que existen en Chile y que no existen en otros lados. Desde el FUT, del Global Complementario en el Servicio de Impuestos Internos, hasta tenemos la educación más cara del mundo de acuerdo al PIB, la salud más cara del mundo de acuerdo al PIB, la electricidad más cara del mundo del punto de vista